

A cualquiera le puede pasar

**SOBREDOSIS  
DE  
IRA**

**ESTEBAN  
BALZA**



 röbalir



**Esteban Balza**

# Sobredosis de Ira



[www.robalir.com](http://www.robalir.com)

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recopilación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio, sin permiso previo por escrito del autor.

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

© 2020, Esteban Balza

© 2020, Robalir

Primera edición

**Foto de portada:** Freepik.com

**ISBN:** 978-987-47812-1-5



# Contenidos

- 1 [Portada](#)
- 2 [Aviso legal](#)
- 3 [Contenidos](#)
- 4 [Dedicatoria](#)
- 5 [Prólogo](#)
- 6 [Capítulo I](#)
- 7 [Capítulo II](#)
- 8 [Capítulo III](#)
- 9 [Capítulo IV](#)
- 10 [Capítulo V](#)
- 11 [Capítulo VI](#)
- 12 [Capítulo VII](#)
- 13 [Capítulo VIII](#)
- 14 [Capítulo IX](#)
- 15 [Capítulo X](#)
- 16 [Capítulo XI](#)
- 17 [Capítulo XII](#)
- 18 [Capítulo XIII](#)
- 19 [Capítulo XIV](#)
- 20 [Capítulo XV](#)
- 21 [Capítulo XVI](#)
- 22 [Capítulo XVII](#)
- 23 [Capítulo XVIII](#)
- 24 [Capítulo XIX](#)
- 25 [Capítulo XX](#)
- 26 [Capítulo XXI](#)
- 27 [Capítulo XXII](#)
- 28 [Compartí tu opinión sobre el libro](#)
- 29 [Sobre el autor](#)
- 30 [Otros títulos del autor](#)

- 31 [Robalir Editora](#)
- 32 [Datos del ebook](#)



# Dedicatoria

*A mi familia y demás seres queridos; quienes, al igual que para el protagonista de esta historia, son el hilo que sostiene mi cordura.*



## Prólogo

Cristian Gómez, profesor en un colegio secundario, es un hombre correcto, que tiene una vida perfecta, o al menos eso cree, hasta que muere Irene, el amor de su vida, y un ser anónimo le deja un obsequio macabro en el sillón del living. Con una muerte, un velorio y el aroma de las azucenas comienza esta historia vertiginosa, al mejor estilo de un thriller policial.

La gran obsesión por descubrir al responsable de sus desdichas, no tendrá buen fin para Gómez, y eso lo sabrá el lector desde el inicio, cuando el protagonista presente sus tortuosas vivencias tras las rejas.

Una búsqueda desesperada lo transportará a diversos escenarios y a otros tiempos, lo relacionará con personas a las que antes habría evitado, pero más que nada lo obligará a asomarse a su propio interior para poner en cuestión su apariencia de hombre feliz. Por algo entiende que la felicidad es un bienpreciado y efímero.

Si uno le pregunta al joven y talentoso Esteban Balza acerca de la obra, dirá que trata diversos temas; algunos destacados en la actualidad como el bulling y la ineficacia policial, otros inherentes a la condición humana: la obsesión, la soledad y, fundamentalmente, la ira «...esa semilla diminuta sembrada en la tierra árida de nuestros corazones ardidos, que crece, crece y crece...».

Sin bien coincido con su punto de vista, considero que existe otra cuestión que enhebra como fecundo hilo conductor los tópicos enunciados, y es la memoria, o mejor aún, ese tropiezo de la memoria que se llama olvido.

¿Quiénes somos o quiénes creemos que somos?

Desarrollamos nuestra vida escudados en la memoria de nuestro pasado. Sin embargo, la memoria es traicionera, recordamos lo que queremos, lo que nos agrada, lo que nos reconforta.

Y si Gómez, ante la ausencia de su mujer —la más hermosa que ha conocido— recuerda los días plenos a su lado, también recuerda que olvidó.

Es en el torbellino de los hechos que se suceden sin darnos un momento de respiro, que este hombre cada vez más empeñado en descubrir un sentido que parece escapársele apenas se acerca, tendrá que recordar desde un lugar diferente. Y lo hará desde el olvido. Escarbar lo olvidado entre los vericuetos engañosos de la memoria, en eso que oculta la equívoca fachada del recuerdo, y atreverse a romper los estereotipos, serán las únicas formas que le permitirán rastrear la huella certera camino a la verdad.

Por lo general las novelas prescinden de los prólogos.

Pese a ello, el autor de *Sobredosis de ira*, Esteban Balza, me invitó a participar con un escrito de esta índole, tal vez no a mí individualmente, sino en representación tácita de los escritores de Ushuaia, Tierra del Fuego.

Por dicha razón, este no solo es un prólogo de la obra que el lector tiene entre manos, sino también un prólogo del prólogo.

Mi primera inquietud fue tratar de comprender cuál es el interés de que un fueguino o fueguina se ocupe de la cuestión. Antes, es necesario aclarar que Esteban, oriundo de Santa Fe, que además de escritor y músico es Guía de Turismo, estaba trabajando en esta ciudad del confín cuando lo sorprendió la pandemia, y aunque sus actividades se interrumpieron, decidió permanecer aquí.

Podía haber interrogado al autor sobre su intención al respecto, aunque no lo hice. Considerando que este libro trata una historia de ficción, decidí hallar por mí misma esa relación, y si esta fuese producto de mi fantasía nadie resultará perjudicado, al menos no tanto como el protagonista de la novela, el atormentado Cristian Gómez.

Que un escritor que habitualmente vive en Santa Fe requiera un prólogo en su localización eventual, Ushuaia, dos destinos tan distantes en el mapa del país, solo puede indicar una cosa: la ligazón de dos destinos geográficos en su vida. Esteban Balza recordará que escribió en Santa Fe su primera novela —ya nos había regalado un volumen de cuentos— y que cuando la publicó estaba muy lejos de allí, en Ushuaia. La atmósfera austral tal vez quede así marcada a fuego no solo en este libro sino en el transcurrir vital del escritor, con la nieve tardía de octubre, el color siempre cambiante de la bahía, los atardeceres encendidos y la sensación de estar en lo último del mundo, con las horas de frío y su imaginario de leyenda.

Lo demás queda a criterio del buen lector, más no me atrevo decir, solo le sugiero que se prepare para involucrarse en una aventura apasionante, que quizás identifique con el propio miedo de encontrarse a sí mismo, y que seguramente leerá con la sensación de estar viendo una película que no puede abandonar hasta que el misterio deje de ser inasible.

No creo que se arrepienta de haber tomado la decisión.

Alicia Lazzaroni

Primavera de 2020

Ushuaia



# Capítulo I

Santa Fe, agosto 2013.

El invierno está llegando a su fin y eso me incomoda, no soporto el verano, nunca me gustó y menos ahora.

Los recuerdos se recrudecen y el encierro me asfixia. Dicen que tengo que sacar todo, dejarlo ir, pero no puedo, cada mañana cuando abro los ojos, las rejas me lo recuerdan, y apenas si puedo controlarlo en invierno a fuerza de trabajo bruto y silencio.

En verano todo el pasado se vuelve presente y quisiera gritar, ahuyentar los fantasmas que visitan mi cabeza, pero aquí no se puede gritar, las rejas te lo ordenan en todo momento.

Por eso estoy escribiendo, para gritar las palabras y ahogarlas en la tinta, mientras observo el florero con su azucena. Tal vez así desaparezcan los fantasmas y solo queden los mejores recuerdos.

Ustedes ya me conocen.

Soy Cristian Gómez, el tipo que salió en los diarios, en la tele, en la radio, el tipo del que todos hablan. El que según dicen, cayó en la locura... Pero tuve mis razones, y la primera de ellas fue aquel lunes tórrido en el que vi morir al amor de mi vida. Bueno, no lo vi en realidad. Más bien desperté como cualquier mañana, mi mano se escurrió traviesa por entre las sábanas y acarició la piel fría de su espalda.

No tengo palabras para describir con real certeza las fuertes sacudidas en mi pecho cuando mi corazón dio un vuelco y la

garganta se me secó. Como el ardor que percibimos al tragar en seco. Y no soy un buen escritor, pero aun así intentaré poner en líneas coherentes y objetivas esta historia. Esperando capturar en ustedes la empatía que pudiera devolverme así mi libertad. Esta es la historia de cómo lo perdí todo; incluso la esperanza.

Irene era su nombre; la mujer más hermosa que hubiera visto. Y cuanto más tiempo pasa desde la última vez en que nuestras miradas se cruzaron, en que jugué con sus labios abultados, toqué su piel fría; más me convengo de que fue la más bella. Como una vieja película que se recuerda muchos años después con devoción. Perfecta, insuperable, añejada en mi memoria.

El día que murió, ella tenía treinta y tres años y yo treinta y siete. Un mes atrás habíamos cumplido siete años de matrimonio. Como dicen en la ceremonia «juntos hasta que la muerte los separe», ¿no? ¡Vaya que así fue!

Pero, ¿cómo puede amanecer sin vida una persona tan joven porque sí? Quienes me conocen, argumentarán en la mesa que fue la diabetes de Irene.

Ella estaba condenada a inyecciones diarias de insulina que yo mismo le administraba. Pero no: la vitalidad siempre fue su carta de presentación, el fin de los días se diluía en el horizonte, distante. No podía entonces validar la excusa de que su fin se remitiera a esa simple enfermedad.

Por su parte, mi círculo más íntimo, pensará que fue una arritmia. Confieso que yo también lo creí en un principio. Sospechaba en que un día su corazón le daría martillazos en el pecho hasta matarla. No importaba a cuántos tratamientos se sometiera: la diabetes y la miocardiopatía dilatada fueron su cruz, la que arrastró hasta el día de su muerte.

Llamé a Emergencias y regresé a la habitación para cerciorarme de que todo aquello era real, que no alucinaba. Me incliné sobre ella tratando de percibir su aliento. Un atisbo de respiración entrecortada, una mínima señal por la cual tener algo de fe. Y el vacío infinito me devolvió a la realidad, en la que una fina capa de hielo recubría a mi mujer de pies a cabeza.

Quise llorar. La desesperación me ganó de mano y me encontró ardidado y furioso. ¿Quién en su sano juicio podría comprender semejante comedia absurda? Sin signos de violencia, sin señales previas que me lo anticiparan. Nada.

¿Acaso merecía esto? Mi único crimen fue estudiar seis años para convertirme en profesor de geografía y educar las mentes jóvenes por otros catorce.

Solo eso.

Fue en ese preciso momento cuando los paramédicos azotaron mi puerta. Bajé a abrirles, cuidando de no hacer demasiado ruido: Nico, mi único hijo de tan solo seis años, dormía en la habitación contigua. No había necesidad aún de meterlo en aquel film de horror. Pero fue inútil, los de Emergencias subieron por la escalera a los gritos y dando pisotones. Aseguraron el cuerpo de Irene a la camilla y bajaron con la misma intensidad.

Llegó fría y rígida al hospital. Lo intentaron, dijeron. Quisieron reanimarla pero claro, la medicina no hace milagros.

Irene murió el 12 de agosto de 2013. Causa: paro cardiorrespiratorio.

\*\*\*

Cuando era chico, estaba convencido que los seres humanos debían sufrir adversidades para ganarse el goce de una vida feliz. Lo creí durante toda la escuela primaria, en donde fui un marginado. Ni gordo, ni con anteojos, ni pobre, las causas más comunes de discriminación pueden descartarlas, pues no tuvieron nada que ver. Es cierto que fui malo en los deportes, en especial el fútbol... algo imperdonable. Pero la verdadera razón por la que sufrí de malos tratos fue mi timidez.

Han leído bien: timidez.

El estúpido que parece no saber hablar, el que se mantiene al margen siempre que puede, lo que hoy todos llaman bullying, término que en mis tiempos no existía en el imaginario colectivo. Pero no espero que me tengan lástima ni mucho menos, las risas crueles no me mataron, me fortalecieron.

Como dije antes, en mi niñez estuve convencido de que lo mejor siempre estaría por venir, que la crueldad es cosa de chicos, cualidad inherente a la falta de madurez. Algo que se supera finalizada la escuela secundaria. Y que si en todo caso existía la crueldad adulta, al menos cada quien contaría con la facultad de elegir en dónde trabajar, mientras que cuando somos chicos nos obligan a ir a la escuela.

Un pensamiento inocente, lo sé, pero nada más alejado de la realidad.

David Hoffmann, mi psicólogo, me lo advirtió, y acabé por comprobarlo yo mismo años después: la vida es una mierda cuando sos chico, cuando sos adulto y cuando sos viejo. En todo caso, podría intentar tomarla por las astas y combatirla con la frente en alto; lo cual hice, pero en el camino descubrí los nuevos problemas suscitados por la supuesta madurez.

No quiero menospreciar a los niños; a cada rato escucho cosas tales como: «los chicos no saben lo que es la depresión», señalando que deberían ser autómatas sonrientes las veinticuatro horas del día, solo por tener como única responsabilidad estudiar para los exámenes. He oído a colegas llegar a sostener que los jóvenes: «no saben lo que es sufrir por amor», burlándose con banalidades como: «¿Qué le pasó? ¿Se peleó con Barney el dinosaurio?».

Claro que los chicos no deben lidiar de frente con los problemas clásicos de sus mayores: matrimonios tempestuosos, divorcios, la economía del hogar, y un largo etcétera.

Pero he ahí el punto en el cual falla nuestra sociedad, incluidos profesores como yo: es ese menosprecio el que engendra la ira. La ira es una semilla diminuta, sembrada en la tierra árida de nuestros corazones ardidados, que crece, crece y crece hasta apoderarse de nuestras vidas, llevándonos a la perdición.

Eso fue lo que me sucedió a mí, la razón por la que hoy sigo encerrado y escribo tras unos gruesos barrotes. El fin de mi libertad y mi cordura comenzó a gestarse a muy temprana edad en un supuesto templo del saber.

Fui yo quien la sembró en Oscar... el nombre de mi ruina. Oscar: aun me acosan las pesadillas en las que él es el lobo y yo, el cordero.

\*\*\*

Si usted ha vivido lo suficiente, doy por sentado que también ha tenido la oportunidad (o desgracia) de asistir al menos a un funeral. Es por ello que no me perderé en

detalles acerca del velorio de Irene. No vienen al caso, son los que todos conocemos por simple experiencia.

Solo diré que la velaron en una sucursal de Braun & Asociados, en el centro de Santa Fe y que el féretro estaba abierto. Ella, preciosa como siempre lo había sido, con el cabello empapado en pétalos de flores.

Entre coronas y palmas con aroma a pino, me vi cautivado por unas que eran particularmente bellas, de pétalos blancos y centros amarillos. Una tía de Irene me dijo que esas eran azucenas. ¡Qué preciosidad! Nunca me han interesado las plantas, pero estas me hipnotizaron, cada vez que veo o huelo azucenas pienso en mi Irene, su perfume sigue cautivándome hasta estos días.

El doctor Reyes, el cardiólogo que la atendía, estuvo por una hora. Al verlo le hice muchas preguntas, yo ya tenía algunas suposiciones y él las confirmó. Acabé convencido: la sentencia de muerte de Irene estaba firmada desde su nacimiento, ligada a su corazón.

Ya que a fin de cuentas he acabado dando detalles del velorio..., añadiré además que también asistieron un sinfín de colegas de Irene. Ella trabajaba en el Banco de la Provincia desde los veinticinco años. Ganaba muy bien, incluso más que yo. Nunca me sentí menos por eso, no estoy en contra de que la mujer gane más que el hombre, eso no es relevante para mí.

Lo que muchos se preguntarán a estas alturas es en dónde se encontraba Nicolás: estuvo allí, por supuesto. Vale aclarar que él es muy parecido a mí, alto y flaco; yo en versión miniatura. Él gozó de la maravillosa virtud de no llegar a comprender en verdad la envergadura de los hechos, su voccecita aún resuena en mi cabeza y me hiela la sangre:

«¿Y mami?» me preguntó. «Mami se fue, Nico», atiné a decirle. «¿A dónde?», insistió «Al cielo». Él lo meditó por un instante, como tratando de decidir si creerme o no. Esperaba que preguntara por qué, cosa que no sucedió.

«¿Cuándo va a volver?»

Eso lo preguntó por la mañana, antes del velorio. No supe qué responder. Lo mandé a ver la tele, y dediqué mis exiguas fuerzas a gestionar el largo y burocrático proceso que comprende una sepultura. Una verdadera pesadilla.

Terminado lo anterior, avisé a la escuela donde trabajaba de mi situación. Acto seguido, envié a Nico a ducharse y a ponerse su mejor ropa.

—¿Adónde vamos? —Preguntó él, ansioso.

—A despedir a mami. —Respondí.

—Ya la extraño.

Quisiera nunca haber crecido. No porque los niños no conozcan la depresión o no puedan entender qué es sufrir por amor, sino por esa cualidad única de no ahogarse en las penas, como lo hacemos a veces quienes más nos jactamos de haber alcanzado la madurez.

—Yo también, hijo.

\*\*\*

Todo lo que pasó a lo largo de esa semana ha quedado grabado a fuego en mis retinas, como una marca de yerra.

Después del velorio, marchamos hacia el cementerio municipal, el servicio de Braun & Asociados incluía dos coches para transportar a familiares y amigos de la

fallecida, desde el local al cementerio y viceversa, con una espera no mayor a los veinte minutos.

Dejé que los usaran la madre de Irene, una viuda de sesenta años, con sus hermanas y otras mujeres más, todas ellas solteras o separadas. Con Nico subimos a mi auto y nos fuimos justo detrás de los coches de la empresa.

El féretro fue depositado en un nicho al ras del piso, de entre miles, en una galería tan laberíntica que temí no poder volver a encontrarlo más adelante. El mismo fue tapado con las coronas y palmas de azucenas, a la dulce espera de una placa de mármol que lo sellara para siempre.

Nico apretó mi mano con fuerza. Sin mirarlo, tuve la certeza de que empezaba a entender. Mamá en una caja, la caja en ese agujero en la pared... Lo escuché gemir y lo abracé, al mismo tiempo que una idea melancólica se apropiaba de mi mente: no lloraba porque supiera lo que estaba pasando, lloraba porque todos lo hacían. Y por ende, él también debía.

Cuán lejana parecía la tarde del día anterior en el Parque Garay, con mi hijo riendo, aprendiendo a andar en bici.

La felicidad es un bien preciado y efímero, al parecer.

Acabado todo, regresamos al auto. Caminé despacio, tirando del bracito de Nico, pensando en por qué David no habría venido al velorio. Es cierto que mi psicólogo siempre ha tenido una agenda apretada, y que los lunes son días depresivos por excelencia (como el domingo). Pero yo había asistido a su consultorio desde los siete años. ¿No merecía acaso un trato preferencial? ¿Qué otro paciente había pedido su consejo por treinta años como yo?

Traté de apartar esos pensamientos nefastos; me estaba dejando llevar por la frustración... Esa frustración de verme rodeado de personas a las que despreciaba, obligado a darles la mano y sonreírles como un imbécil, agradeciendo

su presencia cuando en verdad la misma no hacía más que seguir ennegreciendo el día más negro de toda mi vida.

El esfuerzo sobrehumano por no llorar frente a Nico me agobió. Pero lejos de tranquilizarme, recordé que muchos de mis hasta entonces estimadísimos colegas, tampoco habían asistido. Conocía sus horarios, sé que podrían haber estado y no lo hicieron. Eso me dolió mucho, y una vez más reavivó el fuego en mis entrañas.

Hoy día se me ocurre pensar que esa es una de las tantas deficiencias en los hombres que empezamos a transitar la mediana edad y los primeros achaques; nos volvemos rencorosos, somos susceptibles a la menor decepción. Por cosas así solía mantener bajas mis expectativas: para suavizar el golpe seco de la decepción.

Sin coraje para volver a casa y echarme a mojar la almohada, traté de darle un poco más de ánimos a mi hijo. Lo llevé a McDonald's en la peatonal, y pedí dos hamburguesas con papas fritas. Comí por comer, de pura costumbre.

Nico casi no tocó la suya, apenas le dio un mordisco. No lo reté, cosa que por lo general hubiera hecho, no era su culpa que su padre tratara de empujar la tristeza hacia adentro con comida. Solo pensé que ir a cenar a su lugar favorito le arrancaría una sonrisa.

¿Quién lo diría? Una vez más demostrando que menospreciamos a los niños y su cualidad de sentir dolor. La hamburguesa a medio comer en su bandeja me dio la certeza de que no había llorado porque sí, lloró por su madre.

\*\*\*

Pasamos más de dos horas en McDonald's, sin mucho de qué hablar, viendo pasar a la gente feliz y ajena a nuestros problemas.

He ahí otra cruel verdad: el mundo sigue girando, no se detiene por seres minúsculos como nosotros.

Nos fuimos a casa, pasadas las once y media de la noche. Ya en el auto, subí el volumen de la radio con la esperanza de ahogar mis pensamientos. Mi favorita era la Oldies 97.3, donde escuchaba clásicos del *Rock and Roll*. Nos desplazamos por las siguientes cuerdas acompañados de la estremecedora voz de Billy Joel. Nico se durmió en el trayecto. ¡Qué envidia!, bostecé, impaciente por llegar y echarme en mi cama de una vez por todas.

La casa que alquilábamos por entonces le pertenecía a un tipo de San Carlos; una construcción de dos pisos, con patio trasero, pero sin garaje. De modo que mi Volkswagen azul de tres puertas dormía en la calle.

Estacioné en frente, apagué el motor y permanecí con los ojos insertos en un punto fijo durante algunos minutos. Inspiré profundo y exhalé. Bajé, corrí el asiento y cargué a Nico, cuya respiración acompasada me transmitió algo de paz interior. Me fui hasta la puerta haciendo malabares entre mi hijo y las llaves, con una punzada en los espinales. Mi niño sí que había crecido.

Páginas atrás, mencioné que mi estado calamitoso y posterior encierro tuvieron como principal antecedente la repentina muerte de Irene.

Mentí. Y es que esa clase de cicatrices al final siempre sanan, por muy profundas que sean, en cambio, lo que vi esa noche en el living no pudo sanar jamás.

Así comenzó mi historia con Oscar, el ser de mis pesadillas, mi amante tóxico, el que siempre vuelve para atormentarme.

Entré y la vi a ella echada en el sofá.

El cuerpo de Irene, cual muñeca de trapo, en un vestido blanco de encaje. Las manos cruzadas en su pecho, los ojos avellana muy abiertos, la mirada vacía, fija en mí.



## Capítulo II

La persona que hizo semejante atrocidad, dijo llamarse Oscar.

De la muñeca de Irene pendía una diminuta tarjeta con ese nombre, como si ella no fuese más que un obsequio de su parte.

Pronto descubrí que habían forzado la puerta del patio trasero: los muros eran bajos, no sería difícil treparlos, o pasar un saco al otro lado. El cómo y cuándo los sabía, sin embargo aún faltaban resolver otras inquietudes: ¿quién?, y, ¿por qué?

Fue difícil conciliar el sueño con el cuerpo de Irene allí abajo; y más todavía lo fue tener que explicárselo a la policía por teléfono.

Acosté a mi hijo y llamé. Me dijeron que la unidad llegaría enseguida. Tras una hora de tortuosa espera, mis ojos se cerraron. La policía llegó minutos antes de las siete; afuera seguía siendo de noche, me desperecé, molesto, y bajé a abrirles.

Junto al patrullero aguardaba un hombre alto, de facciones rígidas y cara de pocos amigos, caminaba tan erguido que podría haber cargado con una pila de libros en su cabeza sin que estos se tambalearan. Junto a él estaba otro tipo mucho más joven y expresivo, al que identifiqué como un simple suboficial inexperto.

El de facciones rígidas se aproximó tendiéndome la mano:

—Comisario Gerardo Martínez —dijo.

Tenía una voz suave, casi femenina, lo que me resultó gracioso teniendo en cuenta su aspecto de tipo duro.

—Entiendo que... bueno, que hay un cuerpo robado en su casa.

—Así es, el de mi mujer.

Sus pobladas cejas negras remontaron vuelo por su frente lampiña y cubierta de arrugas. Le expliqué con detalle todo lo que había ocurrido: la repentina muerte de Irene, el velorio, su cuerpo exhumado y abandonado en mi sofá.

—¿Cómo murió su mujer? —preguntó Martínez.

—Muerte súbita, se le paró el corazón mientras dormía —respondí.

—¿Ella tenía problemas cardíacos?

—Sí. Y también diabetes, que era lo que más le preocupaba.

—¿Se inyectaba insulina?

—Yo se la inyectaba, no se animaba ella sola.

La salud de mi mujer siempre se tambaleó sobre un fino hilo de sangre. Lo de sus problemas cardíacos no son exageraciones.

El comisario se enjugó los labios, pensativo.

—Sé de gente con afecciones cardíacas que murió haciendo deportes, por la intensidad, ¿vio? Pero nunca escuché de adultos que se mueran así durmiendo. A lo sumo sí de bebés.

—Irene tenía miocardiopatía dilatada —expliqué—, tenía el ventrículo izquierdo dilatado y disfunción sistólica.

—¿Ella se hacía controles regulares?

—Iba a lo del cardiólogo todos los meses —dije—, el doctor Reyes. Pero Reyes ya le había anticipado que tenía una

patología grave. No era de dar muchas esperanzas que digamos.

Martínez asintió sin modificar su expresión.

¿Que si se controlaba? Mientras yo me llenaba los pulmones de humo, ella se cuidaba como nadie. No bebía ni fumaba, y evitaba las grasas a toda costa. Irene fue una niña enfermiza, comprendía a la perfección que sin una vida de riguroso autocontrol, hallaría el final del camino mucho antes de los cincuenta.

—Así que su mujer murió por una arritmia mientras dormía, ¿eh?

—Eso parece. —respondí con frialdad. El comisario empezaba a impacientarme—. Reyes estuvo ayer en el velorio, dijo que era posible.

—Entiendo. Bueno, ¿y qué me dice de ese tal Oscar?, el que mencionó por teléfono.

—No sé nada. Es más, podría ser un seudónimo de la persona que lo hizo.

—No sé... Robar un cuerpo no es tan fácil. Es algo que haría alguien que lo odia de verdad. Si yo fuera él, querría que usted supiera de dónde vino el favor, ¿no le parece?

—No creo que nadie me odie tanto como para hacer algo semejante —declaré.

Martínez asintió otra vez, en silencio. No pareció convencido, sus ojos me atravesaron como balas de cañón, como si buscara una falla en mi historia, algo anormal, capaz de desbaratarla.

Carraspeó y volvió a hablar con su voz afeminada:

—Bueno, lléveme a donde está el cuerpo.

Giré sobre mis talones, el comisario me siguió. Su acompañante, el probable suboficial, también. Entró y cerró